

ponemos aquí, que en torno de la mesa se deslizaban llevando tazas rebalsantes de chocolate delicioso, los más ricos huevos que puedan imaginarse y naranjas de los árboles que sombreaban y perfumaban la casa. En todos sentidos el almuerzo de la Asunción superó al de San Mateo, no obstante que pudo haberse suprimido el ajo con que rellenaron el solomo estofado de manera sofocante; los chiles eran más que suficientes para realzar el sabor del festín; hicieron derramar lágrimas al mismo D. Ramón que estaba acostumbrado a comerlos desde niño. Antes de que hubiésemos concluido entró uno de los superintendentes de la carretera, tomó una taza de chocolate, que le fué servida por la más frondosa de las tres Gracias, e indicando con delicadeza que lo hacía con nuestro permiso, arrolló un *cigarrillo* (1), encendiéndolo con su *mecha* (2). La mecha es un cordón largo y redondo de yesca, que se inflama con un pedernal y un eslabón, siempre que se necesita; y como se saca de un apagador sujeto a ella por un gancho y una cadena, sale con facilidad. En Costa Rica casi todos usan una mecha; con frecuencia el apagador, el gancho y la cadena son de plata y algunas veces de oro.

De la Asunción a San José el camino estaba en el mejor estado. Era ancho, compacto y plano. Había una zanja profunda de cada lado, un terraplén y una cerca erizada. Esta cerca también daba su sombra, porque las estacas verdes de yuca (3) que la forman arraigan y crían ramas y hojas en tanta profusión, que de vez en cuando es necesario echar mano del machete para mantenerlas dentro de sus límites y conservarles el pulido aspecto civilizado que requiere la circunstancia de hallarse en la carretera que conduce a San José. Además, cuadrillas de trabajadores estaban atareadas en diversos puntos rellenando surcos, quebrando piedras, limpiando las zanjas, esparciendo cascajo, o tirando de un

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) La planta llamada en Costa Rica *itavo*. N. del T.



El padre de los cafetos de Costa Rica

rodillo monstruoso que pasaba sobre una mancha fresca de riopio, arena y mezcla.

En seguida aparecieron los cafetales, dispuestos en cuadriláteros con estricta regularidad, cuyo follaje de un verde oscuro delicado brillaba al sol como si estuviere bañado de oro, y sus flores, blancas como copos de nieve, exhalaban su aroma en el calor brumoso, mezclando la mayor dulzura de la tierra a la más fiera magnificencia del cielo. Luego llegamos al puente del Virilla, «El puente de arco del Virilla», como reza una lápida de piedra in-

crustada en el pretil. Debajo se desliza el Río Grande(1) sobre un lecho de lava; se desliza con el brillo juvenil más inaudito, con murmullos y risas, por decirlo así, ignorante de la carrera desesperada que le está prescrita, porque aun le falta que batallar por entre el precipicio de la Garita, todavía tiene que dar una caída de tres mil pies. Del otro lado del puente una masa enorme de lava se proyecta sobre el camino a nuestra izquierda. Debajo del puente, rompiendo por entre tupidos racimos de centradenias y correhuelas, sobresalen del agua tumultuosa diez mil toneladas de la misma roca, fundidas en un solo farallón escarpado. Como ya lo hemos dicho, por todas partes se multiplican las pruebas de la sacudida tremenda que hizo pedazos los muros del mar que alguna vez ocupó esta vasta meseta y puso en libertad a sus olas.

Formando apacible contraste con ellas estaban las largas filas de blancas y limpias casitas de campo que se extienden de ambos lados del camino, desde el puente del Virilla hasta los linderos municipales de San José. Estas filas de casas sólo están cortadas por patios, *huertas* (2) y plantíos, todo con señales de la más cuidadosa industria, confirmando así la impresión favorable que de Costa Rica producen los más notorios incidentes y escenas del camino: la gran procesión de carretas cargadas de café, la quietud y decencia de las pequeñas poblaciones, el confortable aspecto de las *haciendas* (3), el de las mismas gentes y su comportamiento.

Entre las dos y las tres de la tarde entramos en San José, la capital de la República de Costa Rica, quemados por el sol, cubiertos de polvo, algo tostados y excoriados, con camisas de franela colorada y botas de montar arrugadas y fruncidas; pero del mejor humor y devolviendo con sonrisas y algunas veces con guiños las miradas inquisidoras que

(1) El autor confunde aquí el Virilla con el Río Grande, del cual es uno de los afluentes. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) *Ibid.*

señalaban nuestra llegada desde las puertas y las rejas de hierro de las ventanas.

A un trote corto pasamos frente al cuartel de artillería, en cuya puerta destartada había un centinela vestido de tela de algodón sucia, con sandalias de cuero crudo sujetas por correas a los talones y los dedos. Pasamos en seguida por el palacio del gobierno, acerca del cual y de los demás edificios notables e instituciones diremos una palabra en nuestras *Vacaciones*, y echamos pie a tierra en la puerta del *Hotel de Costa Rica*. Después de subir las escaleras con toda la soltura y todo el garbo compatibles con nuestras grandes botas y las espuelas, nos inclinamos sobre la baranda del segundo piso para despedirnos de Anselmo que regresaba a Puntarenas por el camino que trajeron Niso y Eurialo, con las tres mulas a la zaga, llevando la última atada por las narices a la cola de la precedente y ésta, en la misma forma, a la que iba delante de ella.

Mirándola desde el bonito balcón que nos mostró un muchacho gordo y amable de Heidelberg llamado Carlomagno, la capital de Costa Rica tenía el aspecto de una ciudad pequeña y compacta, con calles estrechas, dispuestas en cruz, y techos de tejas coloradas. Había astas de bandera y también campanarios y penachos de reluciente y verde follaje que brotaban por entre los tejados rojos aquí y allá, arriba y abajo y por todas partes. Más lejos y por encima de los techos, pero muy cerca de nosotros, al parecer, estaban las montañas de San Miguel, despeñaderos pardos enclavados en valles, y se alzaban otros cerros, abruptos y negros, a cuya sombra intensa se deslizaba lento y blanco como un vellón el humo de la selva incendiada, y en cuyas faldas resplandecían lindamente los cañaverales que las cubrían todas, tan vivo era su verdor.

Quiera Dios proteger a la noble, joven y valiente ciudad de los Andes centrales; la ciudad silenciosa, pero trabajadora; la ciudad modesta, pero próspera; la inofensiva pero animosa metrópoli de la Suiza de los Trópicos.

Allí estaba radiante y reposando en medio de las palmeras que la abanicaban; de los mangos que dan sombra a sus patiecitos; de las flores niveas de los cafetos; del follaje lustroso, liso y rico de los guayabos y limoneros dulces; de los naranjos y plátanos que brotan por entre el derroche de tejas coloradas llenando de perfumes el aire sereno; de los hatos de bueyes, los más finos del mundo, que pastan en los *potreros* (1) más allá de los suburbios, o circulan afanosamente y con gran docilidad por las calles, ya acarreado a la plaza del mercado los productos del campesino, ya regresando a casa de éste con los accesorios de su confort que los barcos procedentes de Inglaterra, Hamburgo, Guatemala y Francia importan, o con los que, fabricados en talleres más ingeniosos, ha estado trayendo rápidamente desde hace algún tiempo el ferrocarril de Panamá. Cada cual está en sus quehaceres; ninguno hay ocioso; nadie es demasiado presumido para no comerciar o no trabajar; a todos anima un espíritu de emancipación que tiende a alcanzar una vida independiente; el mecanismo del gobierno marcha con firmeza y, para sus fines de orden, con buen éxito proporcionado, aunque tal vez no con la gran velocidad y la expansión que los demócratas de propósitos infinitos, como lo son algunos de los nuestros, podrían aconsejar con retórica impetuosa; lo anima un deseo cada vez mayor de establecer relaciones más estrechas con el mundo, deseo que disipa sus temores y prevenciones, aviva su inteligencia, ennoblece sus consejos, y que, como el nuevo camino proyectado a Sarapiquí, abrirá a través del desierto en que hasta aquí no se ha posado la planta del hombre blanco, nuevos caminos a las empresas, los recursos y el crédito del país; el pabellón nacional, que fué llevado victoriosamente por entre las filas deshechas de adversarios no despreciables, ondea sobre el cuartel y el palacio del gobierno, encendiendo en todos los corazones

(1) En castellano en el texto.

un justo orgullo y un patriotismo intrépido. Contemplando todo esto, ¿cómo podríamos dejar de invocar las simpatías del pueblo americano y el escudo de la Providencia, como yo lo hago ahora y lo haré siempre, en favor de esta valerosa y pequeña ciudad de los Andes centrales?

¡Ah, protéjala hasta el final de los tiempos esa Providencia simbolizada por la gran montaña Irazú que le da sombra y apagó desde hace tiempo sus fuegos, para dejar de ser objeto de terror y convertirse en adorno soberbio del paisaje! ¡Y que viviendo segura en medio de los cerros eternos, próspera e inviolable, le sea permitido dar el ejemplo—al través de muchas épocas de progreso—de que las naciones pueden ser grandes, grandes por el trabajo honrado, por la virtud de la vida doméstica, por las artes menos ostentosas de la paz, por el patriotismo, por el heroísmo; grandes por ser la imagen viva de ese ejemplo estimulante, aun cuando no tengan una armada que en su nombre surque los mares y aunque su territorio sea pequeño!





II

San José

Los temblores de tierra se oponen a las muy altas pretensiones. Estos ocurren muy a menudo en el valle de San José. Durante nuestra permanencia en él hubo tres: uno por mes. Pero sólo causan daños quizás una o dos veces en un siglo. El último de los temblores perjudiciales ocurrió en 1841, arruinando totalmente 961 casas, dañando 1,004 y matando 22 personas. Sin embargo, si las casas de San José fuesen más altas, las sacudidas resultarían un acontecimiento fatal de mayor frecuencia. Tan sólo tienen un piso; las pocas que se apartan de esta regla—media docena o algo así—son excepciones nerviosas y tienen el aspecto de intrusas desgarradas. La tarde que llegamos, cuando nos dirigíamos a un trotecillo corto hacia el *Hotel de Costa Rica* montados en nuestras sillas de alto pico, nos parecía que mirábamos por encima de los techos, tan prudentemente bajas son las casas; que aquella era una ciudad liliputiense y nosotros los Gulliveres con camisas de franela colorada que entraban en ella cabalgando.

Construido en su mayor parte de *adobes* (1)—ladrillos secados al sol—y encalado de pies a cabeza, San José se ve limpio y claro. Y si carece del sombrío pintoresco de la mayor parte de las ciudades de Centro y Sur América, también le falta por completo su olor peculiar y tiene poco de las basu-

(1) En castellano en el texto.



SAN JOSÉ
visto del Cementerio Protestante

ras que en éstas abundan. Su existencia no pasa de ochenta y cinco años.

En las intersecciones de las calles principales hay hermosos brazos de farol de hierro colado, importados de Inglaterra; pero hasta ahora no se quema gas en San José. La municipalidad alumbrada con pabilo y aceite y su alumbrado es parco. Más todavía, las casas tienen chimeneas y vidrios en las ventanas. Esta no es la regla en las casas hispanoamericanas. La razón es obvia. Nadie quiere fuego en la canícula; ninguno se encierra en un invernáculo cuando necesita una bocanada de aire; pero San José está a 4,000 pies sobre el nivel del mar, y de los cerros de San Miguel y del volcán Irazú, entre los cuales está situado, viene más de un viento frío aun durante el esplendor del verano.

El ayuntamiento de San José se compone de tres municipales y dos sindicos procuradores. Estos funcionarios son electos anualmente por los vecinos propietarios de la ciudad y los preside el gobernador de la provincia. Emplean un secretario y un portero y celebran sesión una vez al mes. Caso de requerirlo así las circunstancias, puede convocarse a sesión en cualquier momento. Los deberes del concejo consisten en hacer todos los reglamentos locales, designar los ciudadanos sujetos al servicio militar, colectar los impuestos municipales e invertirlos, fijar los gastos de cada *cantón* (1) o distrito de la provincia, supervigilar las escuelas públicas primarias, los intereses agrícolas, comerciales e industriales. También está el concejo facultado para negociar empréstitos destinados al fomento de las obras públicas, con garantía de las rentas municipales. Estas rentas proceden de varias fuentes, en parte del tabaco y otros derechos de aduana y principalmente de las patentes que pagan los tenderos y comerciantes en general.

Los policías son pintorescos. Un poco después de la puesta del sol les pasan revista en la plaza

(1) En castellano en el texto.

y los mandan a sus puestos. Con una carabina colgada del hombro, una espada corta con empuñadura de bronce, una cartuchera, un sombrero de paja trapajoso y una manta vieja a guisa de uniforme, patrullan la ciudad silenciosa hasta el amanecer, y, al terminar su pesada vigilia, rezan la *oración del sereno*, ¡*Ave Maria Purísima!* (1), en el tono más lúgubre.

Sin embargo, estos policías de San José son hombres fieles, obedientes, vigilantes y valerosos, aunque de vez en cuando pueda tropezar un extranjero con uno de ellos roncando en las gradas de una puerta, como nos pasó a nosotros en nuestras correrías por la ciudad a la luz de la luna. La primera vez que esto nos sucedió, el pobre hombre estaba hecho un fardo debajo del tacón de una bota enorme, cuyo original se encuentra colocado a ocho pies de altura en Chatham Street. La copia que está en San José, en la esquina de la *Calle de la Puebla* (2), la suministró un cumplido filibustero a M. Eugène, el zapatero francés a quien sirve de muestra portentosa. El artista era un prisionero de guerra; pero aun cautivo y derrotado proclamó sus principios. En el tacón de la bota gigantesca clavó una espuela con una rodaja inmensa y lanzó tres vitores al general Walker y a la Estrella Solitaria!

Pero no hay necesidad, ninguna necesidad de policía. Costa Rica es el más morigerado y pacífico de los países y San José la más morigerada y pacífica de las ciudades. Casi provoca a decir que es estúpidamente bien portada e insípidamente juiciosa. El *chiffonnier* (3) tendría poco que hacer en ella. Al abogado de las vecindades de las Tombs (4) no le cabría mejor suerte. Toda la hampa de la ciudad ejemplar no vale el testimonio de un testigo. Las

(1) En castellano en el texto.

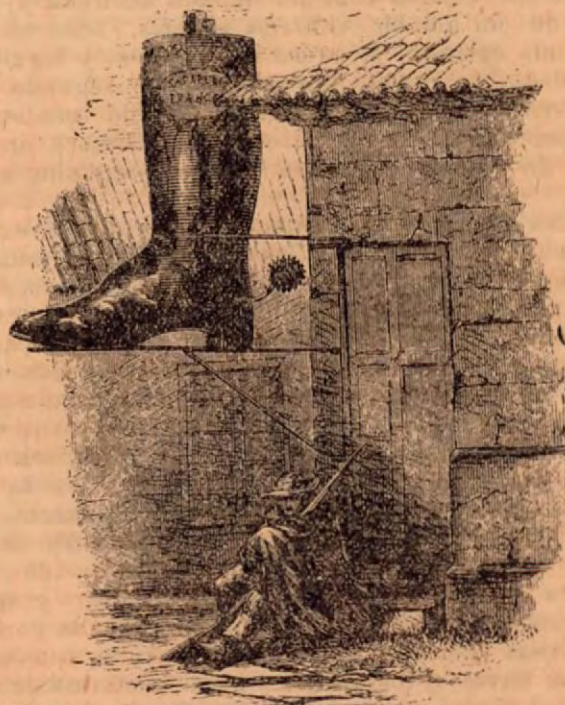
(2) *Ibid.* En la esquina SE. de la avenida 2a. O. y de la calle 4a. sur. N del T.

(3) En francés en el texto. Trapero. N. del T.

(4) Cárcel de la ciudad de Nueva York. N. del T.

riñas de gallos son la única disipación a que se entregan las gentes y eso exclusivamente los días de fiesta y los domingos.

Siendo la gallera una de las instituciones del país, no habría estado bien que D. Ramón y don



La Zapatería Francesa

Francisco la hubiesen ignorado o esquivado. Mártires del amor a la ciencia, la visitaron movidos de las más puras intenciones e impulsados por una curiosidad tan desinteresada como la que hubiese llevado a un extranjero perfecto, por ejemplo un britano, al anfiteatro de Roma en los días de los pugilatos tracios.

Habiendo entrado por una puerta tosca, dieron con un caballero de edad madura que tenía unos bigotes cobrizos. Estaba sentado en una silla tallada en un bloque de caoba y tenía en la mano un paquete de tarjetas impresas, que eran los billetes de entrada al vil redondel. Se le pagaron dos *reales* (1), apartó una cortina rota de indiana colorada y, después de un amable «*Entren ustedes, señores*» (2), hizo una cortesía, se atusó los bigotes y siguió en su colecta de reales. Transcurrido un segundo, los mártires se encontraron en un edificio ventoso y de madera, que se les pareció muchísimo a un tinglado de vacas convertido en algo semejante a un circo.

Era Domingo de Pentecostés y el lugar estaba atestado de gente. Todas las clases sociales estaban allí representadas: el mercader y el buhonero, coroneles con charreteras relumbrantes y soldados rasos, doctores, abogados, empleados del gobierno, padres de familia, elegantes caballeros con holgados chalecos y cabezas grises, jóvenes de diez y ocho años y aun menos. Estos últimos, agujoneados por el más ardiente descaro, corrían de un lado para otro locamente codiciosos de *pesos* (3) y *cuartas* (4).

Los bancos del teatro estaban dispuestos en gradería y formaban un cuadrilátero; dentro de éste se encontraba la cancha fatal rodeada de una barrera de madera de una altura de diez y ocho pulgadas. En un rincón, a la derecha de la cortina de indiana colorada, había una mesita en que estaban las navajas, los cordeles para sujetarlas, la piedra y el aceite para afilarlas, la sierrita fina para cortar los espolones y demás objetos exquisitos destinados al armamento de los gladiadores. Las navajas que se usan en esta carnicería son filosas como lancetas y curvas como cimitarras. Mientras

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.* Antigua moneda de oro costarricense que valía la cuarta parte de una onza de 17 pesos. De aquí su nombre. N. del T.

se pactan las peleas y amarran los ayudantes las armas de los combatientes, mientras se arriesgan muchas onzas de precioso metal a las probabilidades de vida o muerte de los gladiadores, éstos cantan con todas sus fuerzas y se pavonean descaradamente por el redondel, ostentando el más lustroso plumaje hasta donde se los permiten sus maniotas de cáñamo.

Al entrar, D. Ramón y su amigo notaron que las apuestas eran fuertes y animadas; las monedas de oro cambiaban de manos con deslumbrante rapidez. La economía y cautela de los costarricenses son proverbiales. Fuera de la gallera no gastan nunca un *medio* (1) (menos de un *dime*) si pueden evitarlo; dentro de este redondel encantado son los más pródigos de los manirroto. Llamó particularmente la atención de los dos amigos un mozalbete cetrino, que no tenía zapatos, ni calcetines, ni siquiera un pedazo de cuero de buey en la planta de los pies; pero aun cuando cada espinilla de las muchas que le cubrían la cara hubiese sido un rubí, no habría podido ser más atrevido ni más pródigo de su dinero. Llegó sin embargo a una crisis. Estrujando a D. Ramón para casar una apuesta con otro deportista apasionado, vestido de paño fino y con camisa bordada, puso un puñado de oro a un gallo colorado de la más seductora estampa y de un coraje enteramente irresistible. Aquello era todo lo que tenía sobre la tierra. Hubo un revoloteo de alas recortadas, una sacudida de crestas rojas, un cambio de miradas asesinas, un arranque súbito, un encuentro encarnizado, ruido y plumas en el aire, una charca de sangre, y el puñado de oro, todo lo que sobre la tierra poseía el mozo de la cara cetrina cubierta de espinillas, desapareció!

Este juego cruel, absurdo y villano está pasando rápidamente de moda. Hubo un tiempo, y de esto hace apenas cinco o seis años, en que el presidente y todo el gabinete se dejaban ver en la gallera; pero ahora rara vez y quizás nunca se en-

(1) En castellano en el texto. Medio real. N. del T.



cuentra en ella a un político distinguido y mucho menos a un estadista, aun en vísperas de una elección. Cuando sea totalmente abolido, no padecerán ni la mente, ni la virilidad, ni el corazón del pueblo.

A la mañana siguiente del día de nuestra llegada visitamos al obispo de San José. Su casa es humilde. Dos obreros montados en escaleras estaban reparando el enlucido, encima de la puerta de entrada, en el momento mismo de llegar nosotros. Pasando sobre una verdadera ciénaga de argamasa penetramos en el *zaguán* (1). Antes de que tuviésemos tiempo de llamar al *portero* (2) y de enviar nuestras tarjetas, se nos acercó suavemente un caballero anciano.

Era alto, delgado, de facciones acentuadas, con una tez morena y amarillenta y dedos flacos y descarnados; tenía ojos vivos, paso firme y voz clara y fuerte. Llevaba un pectoral de oro y una sotana de seda de color de púrpura que parecía haber sido lavada, porque la púrpura había degenerado en rosa. Un solideo de terciopelo del mismo color pálido ocultaba la mayor parte del cabello corto y lacio, que parecía haber sido espolvoreado con pimienta blanca y húmeda. Era el venerable Anselmo Llorente, obispo de San José.

Había una puerta abierta a la izquierda del *zaguán*. El obispo nos la indicó con suave y amable sonrisa, y, habiéndonos inclinado ante él respetuosamente, penetramos en un salón mustio.

Las paredes, tapizadas con un papel de aspecto glacial, habrían estado lastimosamente desnudas a no ser por tres cuadros al óleo que colgaban de la débil cornisa, frente a las tres ventanas que daban a la calle. Uno de estos cuadros, un retrato de Pío IX era un verdadero tesoro. Soberbio *souvenir* (3) de Roma, tenía toda la suavidad, la quietud y el acabado minucioso que caracterizan las obras de

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) En francés en el texto.

Carlo Dolce. A su lado el retrato de Anselmo Llorente parecía tosco y mezquino. El tercer cuadro representaba la ascensión desde la tumba de un prelado devoto, revestido de pontifical. Como justo castigo de tan notorio delito perpetrado en la tela, el pintor debía haber bajado al infierno a la vez que el prelado subía al cielo.

Entre las dos ventanas, frente a estos cuadros, había una mesa de obscura caoba con un tapete de ratina roja desteñida y cubierta de libros, pedazos de lacre, plumas de ave y papeles. Detrás de la mesa estaba un sillón y detrás de éste una antipara de la que sobresalía un dosel. El sillón, la antipara y el dosel, todo estaba cubierto de ratina desteñida. En el piso no había alfombras ni esteras; pero sí una buena capa de polvo sobre el entarimado, acumulada por varios meses de reposo doméstico.

Habiendo leído las cartas que le entregamos al entrar, el obispo se levantó del sofá, un mueble lamentable, dándonos la bienvenida con una cordialidad atenuada por la dignidad: la cordialidad circunspecta de la vejez.

En el mismo instante llamaron a la puerta y el obispo tuvo que salir un momento. Durante su ausencia entró un fraile de la orden reformada de San Francisco; era de Quito. Con su hábito, capa, capuchón y pantalones parduzcos de una tela pesada de lana y algodón fabricada en los Andes ecuatorianos, su cabeza rapada, su cara de color de mantequilla pálida y un par de gafas azules, detrás de las cuales se movían constantemente sus grandes ojos negros, era en verdad una extraña aparición. Habiendo muerto el arzobispo del Ecuador y estando el de Panamá ausente de esta ciudad haciendo una visita de su diócesis, el piadoso hijo de San Francisco había venido a ordenarse en Costa Rica.

El obispo, después de volver a su asiento en el sofá, sacó una elegante petaca de paja de colores, invitándonos a fumar. El santo duende quiteño tomó la *mecha* (1) de la mesa, donde estaba enroscada

(1) En castellano en el texto.

sobre el tintero, y después de varios fracasos consiguió encenderla. Hincándose entonces de rodillas, la ofreció al obispo. Una vez que éste hubo encendido su *cigarrillo* (1), el buen fraile besó el anillo episcopal y levantándose con profundo acatamiento apagó solemnemente el fuego. Poco después y habiéndonos echado en silencio una mirada al través de sus gafas azules, dobló de nuevo la rodilla, besó otra vez el anillo episcopal y llevando la cabeza baja y arreglándose el hábito se retiró con modesta confusión.

Envuelto en fragantes nubes de humo el señor Llorente conversó agradablemente con nosotros. Habló del país, de sus atrasos, de sus recursos y perspectivas, y en pocas frases brillantes y pronunciadas con mucha animación, nos refirió los principales sucesos de su historia política.

Se lamentaba profundamente de que las iglesias de San José tuviesen tan poco interés para el extranjero. No contenían obras de arte, ni pinturas, ni esculturas y sus ornamentos eran muy escasos y de los más humildes. Los españoles concentraron en Guatemala toda la riqueza de la Iglesia de Centro América, y hasta hoy Costa Rica ha sido demasiado pobre para enriquecer sus altares. Sin embargo, en Cartago había algunas pinturas antiguas y valiosas, dos o tres buenas imágenes, custodias, relicarios y vestiduras de ricos materiales y curiosa hechura. De las iglesias pasó el señor Llorente a los indios del país. En extremo interesantes fueron sus noticias y suposiciones acerca de los guatusos del valle del Río Frio, raza que vive completamente aislada y que no permite que ningún extranjero ponga los pies en sus misteriosos dominios. Todas las sílabas que sobre este asunto salieron de sus labios fueron ávidamente recogidas.

Al final nos remitió a la *Historia de Guatemala* del arzobispo Francisco de Paula García Peláez. Había en ella un capítulo profundo y erudito con-

(1) En castellano en el texto.

sagrado a los guatusos. Teníamos que leerlo; nos iba a dar un ejemplar de la obra; sería un testimonio de su aprecio y de su vehemente deseo de ayudarnos en nuestras laudables investigaciones. Se mostró encantado de saber que habíamos sido educados por los jesuitas. Estos eran la nobleza, la flor, los caballeros de la Iglesia, de la que habían sido los mártires más sublimes y los soldados más valerosos. Doquiera que estaban ellos había civilización, erudición, elocuencia, una sociedad disciplinada, una fe levantada y el más alto ejemplo de generosidad. Sería bueno para Costa Rica que se estableciesen en el país; pero existía contra ellos una ignorante prevención y los esfuerzos hechos por él para obtener que los dejasen entrar y residir en la República, habían sido infructuosos.

Cuando nos levantamos para despedirnos, el obispo abrió la puerta que daba al zaguán, y llamando a un joven que leía en el corredor del patio, le pidió que trajese de su biblioteca la *Historia de Guatemala* y nos acompañara con ella hasta el hotel. Nosotros le rogamos que no molestara al joven estudiante, porque podíamos llevarnos fácilmente los libros; pero el amable obispo insistió; la consideración que nos dispensaba era implacable, y así fué que regresamos a nuestra vivienda seguidos de la *Historia de Guatemala* en tres tomos y de un joven modesto con sotana y sombrero de fieltro a la moda de California.

Anselmo Llorente es el primer obispo de Costa Rica. Hasta en agosto de 1850 el país no fué erigido en diócesis separada. Anteriormente estaba subordinado a la de Nicaragua. Astaburuaga habla del señor Llorente como de un hombre celoso, prudente e ilustrado, que honra a la Iglesia. La religión católica romana está declarada por ley religión del país. La constitución le garantiza la protección del gobierno, a la vez que tolera todos los demás credos. Por el concordato celebrado en la corte de Roma en octubre de 1852 se abolieron los diezmos, sustituyéndolos con una asignación de \$10,000 anuales que el tesoro público paga a la diócesis.

Pero no era fingida la modestia con que el obispo nos habló de la pobreza de las iglesias de San José. Tratándose de iglesias hispanoamericanas, es sorprendente su falta de ornamentos y tesoros. Su desnudez externa, para decir lo menos posible, es un indicio honesto de la miseria interna. Sin embargo, la de San Juan de Dios, cuyo arquitecto es el señor Francisco Kurtze, un hábil alemán, será una excepción grandiosa. Las paredes son altas y macizas; el decorado puro y sólido. Columnas corintias sostienen interiormente el techo, y el gracioso e imponente edificio está rodeado de jardines llenos de arbustos olorosos y árboles frutales dispuestos con gusto (1).

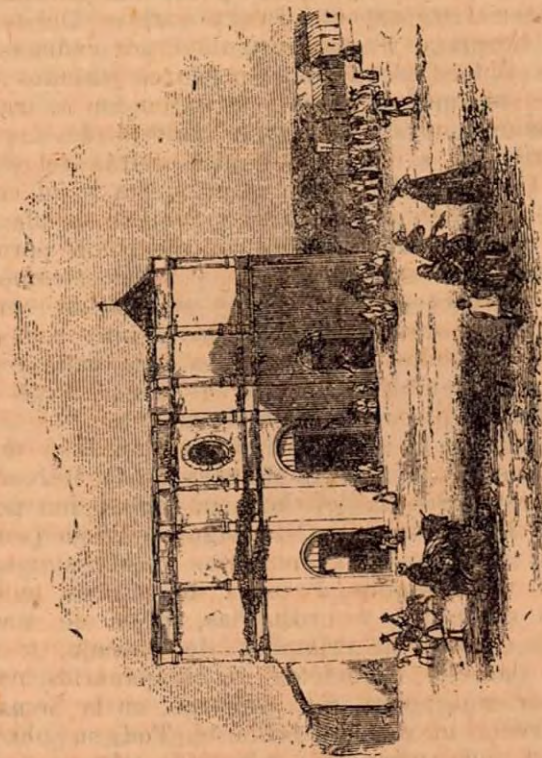
La catedral de San José está situada en el costado oriental de la plaza. Su construcción es de piedra de lava y lo único notable de la fachada son las altas puertas flanqueadas de columnas salomónicas y una andana de columnas comunes de aspecto, que arrancan de una moldura que corre más arriba de las puertas y soportan el más común de los arquiteabes. La torre tiene un poco más de treinta pies de altura. Sobre estos treinta pies de cal y canto descansa una armazón de madera, algo así como un fortín, y de una viga colocada cerca de su tejado en punta cuelga una campana monstruosa.

N. B. Esta monstruosa campana es poco musical.

Pero lo mismo puede decirse de todas las campanas de San José, profanas y sagradas. A veces, cuando tocan todas a un tiempo, el estruendo provoca a hacer algo que es lo contrario de rezar. Una ciudad en que hormigueasen los caldereros, todos afanados en su oficio, sería casi tan melodiosa y tolerable para los oídos no acostumbrados, como San José en tales momentos. Pero es duro decir esto; porque si los vecinos de la ciudad fuesen bastante ricos para comprarlas, resonarían en estas oca-

(1) El autor se refiere a un proyecto de iglesia que no fué realizado.
N. del T.

siones por todo el valle del río Torres y del río María Aguilar, campanas tan sonoras como la *Susana* de Erfurt, que es de plata, o de voces tan potentes como las que atronando súbitamente el espacio salvaron la ciudad del Yonne con sus muros romanos de los estragos de Clotario.



La Catedral

El aspecto del interior de la catedral es notable y hermoso. Con los materiales más sencillos, sin ayuda del oro, ni del pórvido, ni de pavimentos bizantinos, ni de vidrios de colores, los vecinos de San José han fabricado un templo que no desmerece de la fe de que es testimonio. Separados por arcos, elegantes pilares de las maderas más duras, tales

como la quiebrahacha, soportan el techo dividiendo el edificio en tres naves amplias. La mayor tiene 35 pies de ancho y 300 de largo. Las paredes son blancas y los pilares de quiebrahacha tienen vetas del mismo color; pero los arcos en que terminan, lo mismo que el techo en ángulo interno muy agudo, están pintados con arabescos y esto da a toda la parte interior un aspecto rico y curioso. Del techo cuelgan hermosas arañas sostenidas por cadenas de metal bruñido. Descansando en pilares pintados que imitan el mármol de Siena y se extienden al través de la nave central, se alza la galería del órgano más arriba y a unos pocos pies detrás del altar mayor. Un enrejado oculta el organista y el coro. Está delicadamente construido y pintado de blanco; también lo está el órgano del mismo color; pero al frente tiene cañones plateados y tallas ricamente doradas. El coro para el deán y el capítulo ocupa la extremidad oriental de la nave mayor, y los asientos, fabricados con la caoba más valiosa por operarios guatemaltecos, están al mismo nivel de la plataforma que ocupa el altar mayor.

Además de la catedral hay en San José otras dos iglesias: la de Nuestra Señora de la Merced y la de Nuestra Señora del Carmen. Ambas son penitentes de la arquitectura (1). Ningún edificio podría tener un aspecto más modesto, más tristemente casto, ni más humilde. Paredes de adobes, techos de tejas coloradas y ordinarias, pisos de tierra apisonada, llenos de grietas y de cascajo, torres que sólo parecen esqueletos de campanarios: nada podría ser más pobre. Sin embargo, en la Semana Santa ofrecen un aspecto brillante. Toda su pobreza y frialdad, toda su sencillez e insípida tristeza, todas sus miserias silenciosas se diría que se desvanecen. Ambas se hacen calurosas, aromáticas, floridas. La desnudez de las paredes desaparece detrás de los encajes, las sedas y los follajes. Palmeras suplantán, por decirlo así, los troncos estériles que sostienen

(1) Alude a las antiguas iglesias de estas mismas advocaciones. N. del T.

los techos. En el lugar que ocupaba el altar mayor aparece una pirámide y sobre la tela carmesí que la cubre desde la base hasta la cúspide, ponen complicados trabajos de bordado y costura de suaves matices. En ocasiones como ésta, el contenido de los armarios de San José acude presuroso al llamamiento de Nuestras Señoras de la Merced y del Carmen. En las gradas de la pirámide brillan unas mil velas de cera en candeleros de plata, en globos translúcidos de cristal empañado, en candelabros plateados, en copas de bronce y alabastro. Entre las luces hay flores, arbustos y plantas cuales sólo puede producirlos una tierra como la de Costa Rica. Aquí la opulenta Naturaleza compensa con creces la pobreza de las gentes y les ayuda con rebosantes cuernos de la abundancia en el cumplimiento de sus piadosas devociones, convirtiéndose en su espléndida y pródiga auxiliar, del mismo modo que derramó el aceite sobre la divina cabeza en la casa de Betania.

En la iglesia de la Merced (1) había una representación del huerto de Gethsemaní. A la izquierda de la nave y contiguo al pórtico estaba un espacio de ocho pies en cuadro, marcado con palmeras encorvadas y entrelazadas que servían de valla. Las flores de las palmeras caían en forma de lluvia o despleaban, a semejanza de una fuente, sus castos esplendores en círculos que ensanchándose descendían dentro del huerto. En el suelo había una gruesa alfombra de palmas, entremezcladas con bayas, hojas y flores de las más bellas plantas siempre verdes. Encima de todo esto estaban esparcidas las más lindas flores, flores de los colores más brillantes, de las formas más raras, como la *lobelia*, con sus pétalos carmesíes y gualdas, el lirio rojo y la *plumeriada* de color de canario; también se veían jarrones y macetas de loza llenos de tierra en que habían nacido espiguitas de arroz, fuentes de porcelana en que germinaban granos de maíz,

(1) La antigua iglesia de la Merced, situada en la esquina NE. de la avenida Central o Fernández Guell y de la calle 4a. norte. N. del T.

hierbas aromáticas, naranjas, uvas silvestres del valle de Ujarraz, aguacates, piñas, *granadillas* (1) y limas. En medio de todas estas ofrendas, en medio de toda esta munificencia y belleza, de todo este esplendor y dulzura de la tierra, cerca de un árbol troncado, estaba de rodillas una imagen del Cristo de Gethsemani, cubierta con una túnica de púrpura. De la frente le manaba sangre y en las pálidas facciones tenía impresa una expresión de angustia que ninguno podía mirar sin emoción, por muy frívolo o irreverente que fuese. Dentro y fuera del pórtico de la pequeña iglesia había soldados que montaban guardia con los fusiles a la funerala. Durante todo el día permaneció el pabellón nacional a media asta en el palacio del gobierno, en el *Cuartel de Artillería* (2) y en el que estaba situado en la plaza (3). Las tiendas, los billares, los cafés, las oficinas públicas, todo estaba cerrado. Nadie se quedó en casa; todos andaban fuera con sus mejores atavíos desde el amanecer, todo el santo día, toda la santa noche en la calle, visitando iglesias, cumpliendo con la devoción de las estaciones, llevando linternas y murmurando padrenuestros y avemarias por las calles. Al siguiente día hubo el mismo redoble monótono de los tambores con sordina de la víspera, las mismas banderas enlutadas, el mismo ir y venir de caras veladas y graciosas cabezas envueltas en chales de seda, los mismos traquidos ásperos de las carracas en vez de los toques de campanas, la misma profusión de luces, flores y frutas en las iglesias, el mismo murmullo penetrante de piedad, un día de fiesta tan solemne en todo sentido como lo fué el Jueves Santo; pero tal vez más tranquilo y algo más impresionante por el gran sacrificio que rememoraba y el duelo que parecía marcarse particularmente en la interrupción de todos los nego-

(1) En castellano en el texto.

(2) En castellano en el texto. Este cuartel estaba situado en la esquina NO. de la avenida Fernández Guell y de la calle 6a. N., en parte del edificio que es hoy Mercado. N. del T.

(3) El antiguo cuartel Principal, en la esquina NO. de la avenida 2a. O. y de la calle Alfredo Volio. N. del T.

cios profanos, en los fusiles de los soldados puestos a la funerala, en el aspecto solitario de las casas y en la sombra más intensa proyectada por los montes de San Miguel y el Irazú.

Al atardecer la procesión que conmemora el entierro de Cristo salió lenta y tristemente por la gran puerta de la catedral y recorrió las calles adyacentes. Cañas silvestres en torno de las cuales se entrelazaban palmas y coronas de flores adornaban las *aceras* (1); el pavimento de las calles estaba rociado de *siemprevivas* (2), bellas ramas de *uruca* (3) y extrañas y lindas *manitas de guarumo* (4). Cortinas de muselina blanca con festones de cintas negras de seda y raso colgaban de los balcones de las casas; a lo largo del camino que seguía la procesión y en las intersecciones de las calles había catafalcos cubiertos de paño negro bordado, salpicados de flores y cargados de frutas, en que brillaban lámparas de colores y jarrones de plata. Al frente de la procesión venían los *hermanos de la caridad* (5) con largas vestimentas de lana blanca, anchas y flojas como batas, y pañuelos blancos o de colores liados a la cabeza. Estos hermanos portaban las diversas insignias de la Pasión. Los dos primeros llevaban un par de escaleras verdes al hombro; uno traía una corona de espinas, otro una esponja sobre una servilleta manchada, el tercero un martillo de hierro y tres clavos. Seguía un enjambre de muchachos con candelas apagadas; detrás de éstos aparecieron tres hombres jóvenes con traje eclesiástico, portando el de en medio un crucifijo de plata, alto y esbelto, cubierto de terciopelo negro; los otros dos llevaban en alto candeleros delgadísimos, cuyos cirios amarillos ardían con una llama mortecina, derritiéndose con exceso a medida que brillaban débilmente. Detrás y muy cerca de los

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

ciriales y del crucifijo marchaban cuatro sacerdotes de frente, con sotana, gorro negro y sobrepelliz. Sobre el gorro traían un capuchón negro y debajo de éste una cola, también negra, que les arrastraba una o dos varas sobre el pavimento salpicado de hojas. Eran los heraldos de un gran pendón de seda negra con una cruz roja en el centro, que portaba un caballero escuálido y vestido de riguroso luto. En seguida venía otro enjambre de muchachos abriendo camino a una imagen de cuerpo entero de san Juan Evangelista, cubierta de abigarrado ropaje y con la mano apoyada en el corazón, a la cual llevaban en hombros cuatro caballeros descubiertos y vestidos de frac. La imagen de María Magdalena venía detrás de la del Evangelista. Estaba radiante con su traje de raso blanco y sus abundantes trenzas de cabellos negros; una expresión de intenso arrepentimiento realizaba la noble hermosura del rostro. Como obras de arte estas imágenes son más que admirables; son exquisitas y maravillosas. Guatemala, donde fueron esculpidas, tiene razón de sentirse orgullosa de ellas.

Pero ya se iba acercando una mucho más majestuosa e imponente que las anteriores. A uno y otro lado brillaban bayonetas en alto; a su derredor flotaban las nubes olorosas que despedían los incensarios; lindos niños vestidos de blanco y frescos como capullos de rosa venían delante sembrando de flores el suelo cubierto de hojas: era la *Mater Dolorosa* (1). Suntuosamente vestida, le habían prodigado los encajes más valiosos y el terciopelo color de púrpura, las perlas de mayor tamaño, los ópalos y otras piedras preciosas. De su cabeza de reina brotaban rayos de plata que resplandecían como si fuesen flechas de cristal; un clérigo llevaba la cola del manto de terciopelo que descendía de los hombros de la imagen; detrás de él y portando largos cirios de cera, venían muchas de las principales damas de la ciudad, todas con trajes negros

(1) En latín en el texto.

de seda y de raso y las cabezas tapadas con ricas *mantillas* (1), negras también como paños mortuorios. Algunas eran jóvenes, tiernamente graciosas y de una belleza de perla. Las matronas, aunque enjutas y secas, tenían un aspecto digno y santo.

Sin embargo, todo esto no era más que el preludio de lo más interesante del espectáculo: un inmenso sarcófago de cristal llevado por unos veinte ciudadanos de los más respetables de San José, que marchaban con todo el énfasis y toda la grandiosidad de soldados veteranos. Delante, detrás y a los lados del sarcófago venían acólitos con antorchas invertidas, incensarios humeantes y palmas cubiertas con crespones; a su paso los espectadores situados en las puertas, los balcones y ventanas se descubrían y arrodillaban. Dentro del sepulcro transparente había sábanas del lino más fino, blancas como la nieve y salpicadas de rosas, una cara que manaba sangre, una corona de espinas y la silueta de una imagen yacente. Esta imagen era la del Crucificado del Calvario. A su paso no hablaba nadie, no se oía un murmullo, y lo único que turbaba la paz de San José en aquel momento solemne, era el balanceo y la música de la banda militar precediendo a las tropas que cerraban la procesión con bandera plegada y armas a la funeraria.

Algunas horas más tarde hubo un espectáculo muy diferente. Era la madrugada del Domingo de Pascua. Las nubes caían densas y bajas sobre las montañas; las de San Miguel no eran más que un montón de ellas y sólo se veía la base verde oscura del Irazú. Las plantaciones y los *potreros* (2) estaban agobiados; aquello era un caos de nubes por todas partes; no se distinguía ninguna otra cosa, salvo el farol de la esquina de la *Calle de la Artillería* (3), cuya luz se filtraba a través del humo denso que

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.* La avenida Central oeste. N. del T.



empañaba el vidrio; pero en medio de este caos de nubes se desencadenaron de pronto las campanas de la catedral, de la Merced y del Carmen, sonando viva, salvaje y violentamente. ¡Sonaron, sonaron y sonaron hasta que la atmósfera tumultuosa parecía chisporrotear con los golpes! ¡Sonaron, sonaron y sonaron hasta que la tierra adormecida parecía vibrar y estremecerse!

Luego se oyó el estruendo de los tambores y el coro chillón de los gallos de pelea, el ladrido de los perros y el mugir del ganado en los suburbios. En menos de veinte minutos se vaciaron todas las casas de San José, y sus habitantes, con *ponchos* (1), *mantillas* (2), chales, capas de cuello de terciopelo y en mangas de camisa acudieron presurosos a la plaza. Allí, al alzarse las nubes y asomar las montañas, al tocar el sol la cumbre del Irazú, hubo un espectáculo sorprendente.

La plaza estaba atestada de gente, así como la espaciosa esplanada y las gradas de la catedral. En los balcones y ventanas de las casas que daban a la plaza y en los de las que hacia ella convergían, se apiñaban los espectadores. Todos estaban excitados, todos se ponían de puntillas, todos estaban impacientes, inquietos y nerviosos. ¡Había algo en el aire!

Por encima de las cabezas de la muchedumbre, en el centro de la plaza, había cuatro filas de relumbrantes aceros. Las tropas formaban un cuadro y dentro de él, veinte pies más arriba de las bayonetas erectas, se erguía una horca monstruosa. Sujetos unos a otros por correas de cuero crudo o pedazos de cuerda vieja, los maderos de aquella horca eran lo bastante horribles para amedrentar al más intrépido malhechor. De la cruceta de palo colgaba un lío asqueroso de ropas: había un gorro de dormir colorado, una camiseta de franela amarilla a rayas negras y con las mangas puestas en

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

cruz, unos calzones rotos y unas botas mohosas, arrugadas y con los tacones lastimosamente gastados. El gorro, las botas, la camiseta, todo estaba relleno de buscapiés, carretillas y triquitraques, y dentro de los calzones había una bomba del más duro cartón, repleta de combustibles. ¡Aquella era la efigie de Judas Iscariote! El simulacro del traidor estaba allí colgado al despuntar la aurora; la luz tenue y suave del alba del día de Pascua Florida



La quema de Judas

se posaba sobre el gorro de dormir, a la vez que la figura giraba lentamente, dando a veces una media vuelta sobre sí misma cuando contra ella chocaba un soplo de viento de las montañas, desviándola ignominiosamente.

Tocó la corneta y un cabo descalzo salió de la fila. Erecto, impávido, con fría solemnidad se acercó a la horca llevando en la mano una larga caña en cuya punta había un poco de estopa encendida. Al acercarse a la horca cesó la algazara de la muchedumbre. Reinó una profunda calma. Los

mismos muchachos, los *gamins* (1) de San José, ebrios de broma y travesura, se agruparon, conteniendo un momento el resuello. Paso a paso, midiendo con gravedad el camino, el cabo avanzaba todavía, hasta que de pronto hizo alto debajo de la cruceta de palo. Levantó la caña, tocando con ella el tacón izquierdo del malvado que estaba arriba. En un abrir y cerrar de ojos hubo una explosión espantosa! La bota voló hecha tiras, brotaron llamas del estómago, la bomba estalló convirtiendo los calzones pardos en una lluvia de harapos chamuscados, de las costillas partían cohetes zumbando, los brazos en cruz fueron arrebatados por una racha de azufre, el gorro colorado salió disparado al cielo, perdiéndose de vista, y algunos segundos después cayó hecho pavesas sobre la muestra del restaurante que está contiguo al cuartel (2): todo esto en menos de dos minutos y en medio del redoble de los tambores, de los alaridos agudísimos de los muchachos, del canto de los gallos, de los ladridos de los perros, de las risitas entre dientes de las modestas *señoritas y señoras* (3), de la cháchara de los loros, de una granizada de piedras y de la gritería, *maldiciones* (4) y regocijo estrepitoso de militares y paisanos, clérigos, indigentes y patricios.

Cuando se hubo disipado el humo no quedó más que el esqueleto del bribón que había reventado, y como era de fierro siguió meciéndose en la extremidad de la sogá hasta que derribaron la horca. Media hora después la plaza recobró su decoro, soledad y silencio.

Al salir de casa del obispo, al otro día de nuestra llegada a San José, preguntamos a uno de los dos operarios que estaban enluciendo la pared cuál

(1) En francés en el texto. Pilluelos. N. del T.

(2) Este restaurante estaba situado casi al centro del costado oeste de la calle Central S., entre las avenidas Central y 2a. Su propietario se llamaba José Barfuss. N. del T.

(3) En castellano en el texto.

(4) *Ibid.*

era el camino para ir al edificio en que están situadas la sala de sesiones del congreso y las oficinas de los ministerios de Estado. Después de limpiar la trulla en el mandil, nos dió las señas blandiendo airoosamente la herramienta.

—Pero ustedes no van a ir allí—nos dijo—. ¡Está muy lejos, a una inmensa distancia!

Algo sorprendidos al oír esto, pero de ninguna manera desanimados, resolvimos intentarlo. El experimento nos convenció de que la *Casa del Gobierno* (1) estaba a un poco más de tres cuadras; es decir, a dos minutos a pie de la casa episcopal. Sin embargo, juzgando conforme a su manera de estimar las distancias, el albañil desalentador no exageró. Tres cuadras eran en verdad, a su juicio, una enorme extensión para intentar recorrerla a pie; y si sobre el asunto se pidiese el parecer de los vecinos de San José, una inmensa mayoría estaría de seguro con el albañil.

En San José las gentes no hacen ejercicio. Pensativas e indiferentes, profundamente quietas, se quedan todo el día metidas en sus casas. El crepúsculo vespertino no consigue sacarlas a la calle. La luna ejerce influencia en el mar; pero cuando este astro alumbra, San José duerme insensible a su sortilegio. No tiene más poder el sol. Sus rayos hacen brillar durante largo rato los verdes cañaverales de las faldas de San Miguel antes de que se abran las puertas.

—Las gentes de San José son bastante perezosas—me atreví a decir una mañana a un joven costarricense inteligente, al pasar por las calles solitarias del *Campo de Marte* (2), hermosa planicie situada fuera de la ciudad.

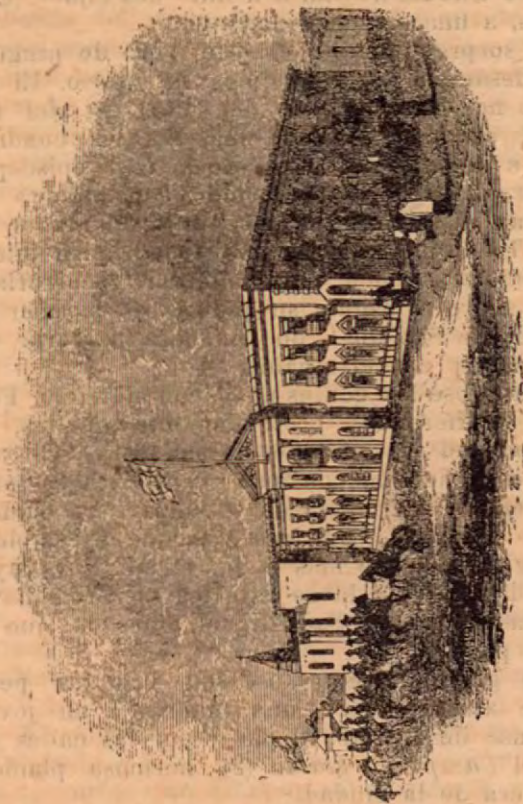
—No, señor (3), usted perdone, no son perezosas—me respondió—; pero no teniendo nada muy especial que hacer a estas horas, se quedan en la cama.

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.* La Sabana. N. del T.

(3) *Ibid.*

Y así es la verdad. Siempre que tienen la menor necesidad de manifestarse activas, las gentes de San José no son perezosas. La suma quietud de su pequeña ciudad es lo que produce la impresión contraria.



El Palacio Nacional

Entrando por la ancha puerta de arco del palacio del gobierno, del que el lector puede ver aquí un dibujo fiel tomado de una fotografía hecha por Mr. T. C. Rhodes, un americano que reside en San José, se llega a un espacioso vestíbulo; algunos pasos más allá hay un patio cuadrangular con piso de ladrillos colorados. Una galería de diez pies de

ancho que descansa sobre otra serie de columnas y arcos, con una bonita balaustrada de hierro bronceado, corre a quince pies de altura sobre el piso de ladrillos por tres lados. La pared que está enfrente del vestíbulo es lisa. El techo del edificio sale unos doce pies fuera de las paredes que encierran el patio y a su vez descansa sobre otra serie de columnas y arcos, del todo semejantes a los que soportan la galería. De modo que hay dos hileras de arcadas pintorescas sobre el patio. Paredes, columnas, arcos, todo está pintado de blanco, y el piso de ladrillos colorados lo mantienen muy limpio. Por fuera el edificio imita el granito azul y, aunque delineado por un alemán, presenta un alegre aspecto italiano que armoniza con el cielo sereno y brillante que sirve de dosel al valle de San José. En todo el conjunto domina un tono de sencillez y de modestia digna. Una pila en el centro del patio, que con su rocío perpetuo atenuase la atmósfera cálida que encierran las paredes, no dejaría nada que desear. Si se colocase esta pila, el palacio del gobierno costarricense sería completo desde el punto de vista arquitectónico.

La puerta de vidriera del despacho del ministro de la gobernación da sobre la galería alta, lo mismo que la del ministro de justicia y la del ministro de relaciones exteriores. Sobre la galería baja o corredor se abren las oficinas de la *Intendencia* (1), tribunal ante el que deben comparecer todos los que conocidamente infringen las leyes fiscales. También está la secretaría del congreso en esta parte del edificio. Yendo desde el despacho del ministro de justicia por la galería que tiene una balaustrada bronceada, llegamos a una de las dos pequeñas galerías que se alzan sobre el piso de la sala del congreso.

Esta sala es soberbia y de imponentes proporciones. Tiene ochenta pies de largo, treinta de ancho y cuarenta de alto. Las paredes son blancas

(1) En castellano en el texto.

como la crema. Ligeramente cóncavo, el techo está dividido en artesones por gruesas molduras doradas. Estos artesones son hondos y tienen adornos dorados de afiligranada labor. En las grandes ventanas de una altura de diez y seis pies que dan al patio hay cortinajes de damasco de seda carmesí, y, entre éstos, valiosos espejos con festones de seda azules, rojos y blancos, colores de la República. El sillón del presidente está sólidamente dorado y tiene cojines de terciopelo carmesí. Encima hay un dosel de raso, también carmesí, y un poco más arriba aparece el escudo de armas de Costa Rica bordado con hilo de oro y plata en terciopelo color de púrpura. Con las patas hundidas en una lujosa alfombra, las sillas de los miembros del congreso de Costa Rica están alineadas contra la pared, a la derecha y la izquierda del dosel y del trono, y los cristales empañados de las puertas y ventanas amortiguan el brillo del cielo raso dorado, de las paredes blancas, de los cortinajes carmesíes y los esplendores de la pintura y del dorado en la sala contenidos. Poco después de nuestra llegada a la capital, esta sala fué el teatro de una gran fiesta.

Al regresar una noche tarde al hotel, nuestro criado holandés Carlomagno, con una sonrisa realzada y diluida por la grasa que le llena la cara, nos presentó un sobre de color crema, lo mismo que el papel que encerraba. Venía dirigido a los

Señores Don

Ramón Páez y Sr. Mars (1).

Esto estaba escrito a mano. Abierto el sobre, encontramos la siguiente invitación elegantemente impresa en español:

Los infrascritos, por encargo expreso del Excelentísimo Señor Presidente de la República, tienen el gusto de invitar a usted para el baile que

(1) En castellano en el texto.

se dará en honor del señor D. Félix Belly, el miércoles (1), a las ocho de la noche, en el Palacio Nacional.

Vicente Herrera.

Juan B. Bonilla.

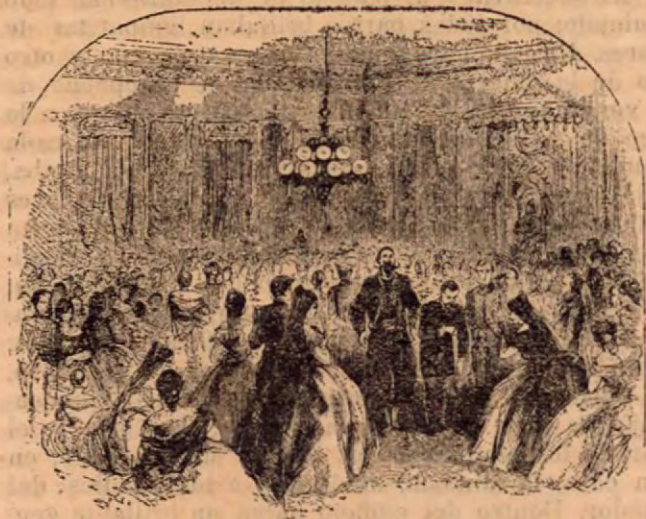
P. S. Las señoras doña Salvadora Gutiérrez de Bonilla y doña Mercedes Ramirez de Hine recibirán a las señoras.

Al acercarnos al palacio lo encontramos todo iluminado; por todas partes brillaban lamparitas de colores. En las hornacinas que están a uno y otro lado de la puerta de entrada, en el antepecho de las ventanas de la fachada, dentro del patio, a lo largo de la balaustrada de la galería alta, en cada voluta, en cada plinto, hasta en el ático; arriba, abajo, por fuera y por dentro, por todas partes brillaban estas lamparillas de colores. En la puerta de entrada había centinelas y también en la escalinata que conduce al salón. En honor del señor don Félix Belly, la guardia estaba compuesta exclusivamente de sargentos. Llevaban uniforme de gala: levitín azul oscuro, charreteras rojas de estambre, una gorra con franja amarilla, pantalones y un correa de cruz color de alcarraza. El corte y el color de los pantalones los habían determinado, en cada caso, la fantasía, la desidia o los medios del portador. Dentro del edificio había un brillante gentío; allí estaban todas las personas de viso de San José y también los extranjeros distinguidos.

El presidente Mora, un caballero regordete, moreno y de semblante suave, que tenía un chaleco bordado color de canario y los cabellos peinados hacia atrás, estuvo toda la noche sentado en la silla dorada, bajo el dosel de damasco de seda carmesí. Su Excelencia era, de pies a cabeza, una sola sonrisa agradablemente forjada. Una de las galerías la ocupaba la banda militar, y en la otra, con una capa de uniforme echada sobre los hombros y el

(1) El miércoles 7 de abril de 1858. N. del T.

ancho cuello de la camisa abierto al desgaire, estaba el general Máximo Jerez, de Nicaragua, cuya cara trigueña y veteada se enrojecía a la luz de las arañas, en tanto que sus fieros ojos negros despedían rayos al contemplar desde arriba el espectáculo susurrante. A su lado se encontraba el general Joaquín Mora. Su cara tranquila y pálida, sus ojos fríos y penetrantes y su porte grave contrastaban fuertemente con la indole ardiente y generosa que



El baile en honor de M. Belly

revelaban las facciones del soldado nicaragüense. Cerca de la puerta del salón de baile, cabizbajo y con las manos juntas por delante como si las tuviese metidas en un manguito estaba el señor Calvo, el ministro de la gobernación. El señor Calvo es un caballero anciano con las piernas muy cortas. Una cara de un moreno amarilloso, una boca muy aplastada y una nariz muy chata le dan el aspecto de un sacerdote japonés. Es un indio impasible del pueblo de Quircot y como ministro de la goberna-

ción resulta singularmente útil. Sin remordimientos se le achacan todos los errores del gobierno. Resignado y capaz de llevar la carga hasta el final de su vida, ningún presidente ha pensado nunca en removerlo. Este es el vigésimoquinto año que actúa como macho de carga y ministro de la gobernación. Los que lo emplean desean devotamente que él y ellos vivan mil años. Deslizándose por entre las parejas de los danzantes, con una palabra amable para todos, una sonrisa en los ojos chicos y comprimidos y desplegando las mil pequeñas habilidades que lo hacen universalmente popular, circulaba el señor Toledo, el ministro de relaciones exteriores, el mejor educado de los miembros del gabinete, un médico experto y un político perspicaz. El general Cañas también estaba presente, lo mismo que el general Castro (1), un expresidente de la república y el más genial, generoso y cumplido caballero de Costa Rica. Allí estaba igualmente el coronel George Cauty, alegre, ancho de espaldas, con su aspecto de marino, sus ojos hundidos y astutos, su nariz muy puntiaguda, ligero de pies, revoloteando por todos lados, metido en un levitín azul cortísimo, adornado con enormes charreteras y una faja tricolor, valsando y cuadrillando con agilidad incansable. Y, por último, allí estaban la cara muy rasurada, la figura afectada y las piernas de anteojito de larga vista, que parecían patas de araña, de M. Félix Belly en persona, llevando a su lado al Zuavo (2) con sus prodigiosos pantalones rojos, presumido y espetado como si estuviese de pie sobre la columna de la plaza Vendôme con todas las glorias de bronce de este monumento irradiando de su persona. Este Zuavo se había alquilado al gobierno de Costa Rica por cuatro años al estallar la guerra contra los filibusteros y peleó durante toda ella. Era muy feo, muy grandioso, muy tieso y muy pomposo. Estaba a la

(1) El Dr. don José María Castro Madriz. N. del T.

(2) El coronel francés Barillier, que había servido en el cuerpo de zuavos. N. del T.

sazón encargado de servir de intérprete, escudero y gentilhomme de pantalones colorados a M. Félix Belly y parecía ufano de su oficio.

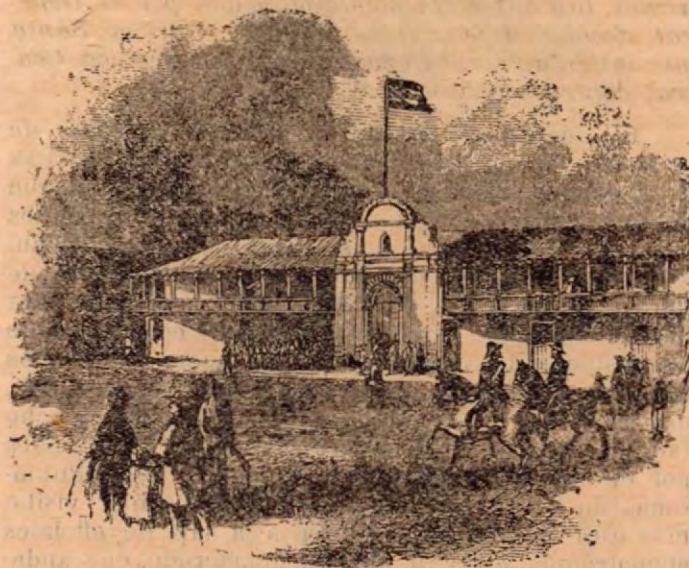
A la derecha de la catedral está el cuartel de infantería (1). Es un largo edificio blanco de dos pisos, que tiene un pesado balcón sobre la plaza y un techo de tejas coloradas que sale tres o cuatro pies fuera de la pared de la fachada. El balcón está cortado por una gran portada toscamente arqueada, por fuera de la cual se pasea lentamente noche y día un centinela desgredado y balanceando el fusil al desgaire. En el balcón haraganean también unos centinelas, y en el centro del patio del cuartel, bajo un tinglado de hierro, hay un cañoncito negro de campaña que con sus ruedas verdes hundidas en el ripio mantiene gravemente la paz. En el interior del edificio hay dormitorios, almacenes, hileras de clavijas de madera que sostienen sombreros y cinturones, armeros para los fusiles, camillas, sartenes, baldes de madera con aros de hierro y los demás muebles que comúnmente se encuentran en los cuarteles del mundo entero; pero todo tiene un aspecto muy desteñado, muy empolvado, muy primitivo y muy barato. La carcoma ha trabajado mucho en la obra de madera, dándole un aspecto de incurable decadencia. A no ser por la *Sala de Banderas* (2), el cuartel de infantería de San José carecería de interés.

En esta habitación están depositados varios trofeos y reliquias de la guerra filibustera. Una caja grande de vidrio, hermosamente dorada y puesta en alto, a unos pocos pies del entarimado, contiene los restos rotos y chamuscados de la bandera que ondeó en el fuerte del Castillo durante el tiempo que estuvo en poder de los costarricenses. En uno de los costados de la caja y en letras de oro está la siguiente inscripción:

(1) El antiguo cuartel Principal, situado en la esquina noroeste de la calle Central sur y de la avenida 2a. oeste. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

El 15 de julio de 1857 la bandera nacional que flotó sobre los muros del fuerte del Castillo durante el sitio, junto con los nombres de los jefes que lo defendieron tan brillantemente, se depositaron en esta urna por orden del Excelentísimo Señor Presidente de la República don Juan Rafael Mora. ¡Gloria eterna a los héroes que defendieron el Castillo de San Juan!



El Cuartel Principal

En el costado opuesto se lee esta otra inscripción:

El 15 de febrero de 1857 cuatrocientos filibusteros al mando del llamado Coronel Titus atacaron el Castillo de San Carlos, que estaba en ruinas y con una guarnición de sólo treinta y siete hombres; pero animados por el valiente Coronel don Jorge Cauty y el digno Comandante del fuerte, Teniente Coronel don Faustino Montes de Oca, la pequeña

guarnición opuso heroica resistencia al enemigo hasta el 19 del mismo mes, día en que setenta y siete risteros al mando del Capitán Jesús Alvarado y don Joaquín Ortiz, que habían sido enviados a socorrer el fuerte por el General en Jefe don José Joaquín Mora, cayeron sobre los filibusteros con tanta bravura que los dispersaron en un instante, obligándolos a despojarse de sus ropas para poder huir con más comodidad. Este brillante hecho de armas, tan admirablemente planeado por el General, decidió el feliz término de la Guerra Santa que sostenían las Repúblicas de la América Central contra sus invasores.

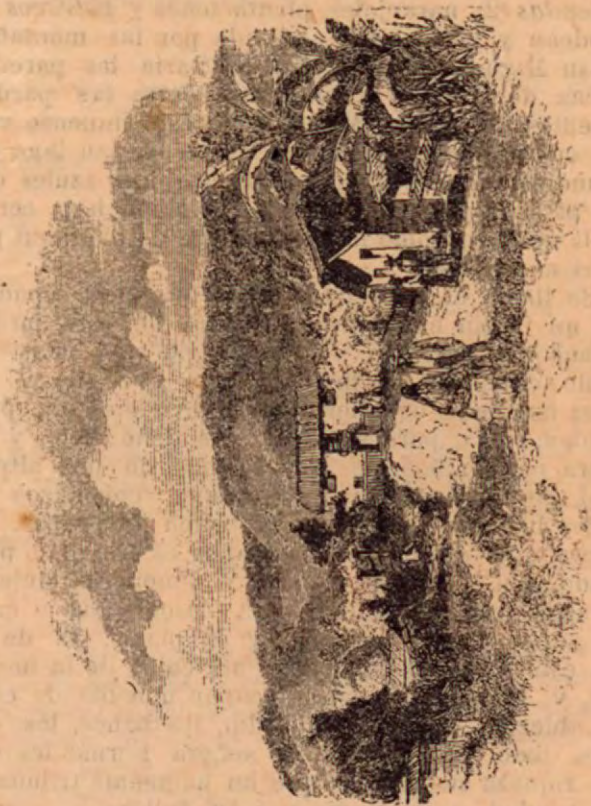
El cuartel de artillería está en la *Calle de la Artillería* (1), dos cuadras más allá de la *Casa de Gobierno* (2). Forma un patio cuadrado en que tal vez podrían ejercitarse cómodamente doscientos hombres. Cuatro torres cuadradas, una en cada ángulo, defienden el edificio, armadas de cañones de nueve libras, y las paredes tienen aspilleras para fusiles. Bajo un tinglado sucio que ocupa uno de los costados del cuartel, juntos y apenas cubiertos con esteras, hay dos cañones de diez y ocho libras, dos de nueve y dos de seis. Los de diez y ocho fueron fundidos en Inglaterra, vinieron embarcados por el Cabo de Hornos y los arrastró desde Puntarenas un rebaño de bueyes. La mañana que visitamos este cuartel, al mostrarnos la sala de oficiales encontramos allí a un alemán demacrado, que andaba en muletas tañendo un arpa rota, y a uno de los capellanes que acompañaron al ejército costarricense a Nicaragua, el padre Francisco Calvo, que llevaba la cruz de honor prendida en la sotana. El padre se ha consagrado al ejército. Tiene talante marcial y sus aficiones y gustos parecen más propios del campamento que del claustro. Cuando entramos tenía un *puro* (3) entre los labios rojos y estaba charlando con un joven oficial condecorado

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

con una cinta colorada, cuya inscripción indicaba que era uno de los vencedores de Santa Rosa, teatro de la primera y más trascendental derrota sufrida por los filibusteros en su empresa nicaragüense.



El Laberinto

Saliendo del cuartel de artillería y galopando una milla y media por un camino espléndido, una ancha avenida sólidamente construída, drenada con profundas zanjas paralelas a ella y sombreada por altos setos de cactus y eritrinas, detrás de los cuales millares de árboles de café exhalaban su aroma,

Hegamos al *Campo de Marte* (1), una llanura perfectamente plana de unos cien acres de extensión, alfombrada con el césped más blando, cortada por hileras de higuerones jóvenes, y que en todo sentido ostentaba la pulcritud estudiada y la elegancia seductora de un parque de recreo en Inglaterra. *Haciendas* (2), naranjales, plantaciones y *potreros* (3) la rodean y al sur está abrigada por las montañas de San Miguel. En dirección contraria las paredes blancas de Heredia relumbran contra las pardas vertientes del Barba. Más allá de este inmenso volcán, cuyos fuegos se extinguieron en un lago de profundidad ignorada, centellean los picos azules del Poás al salir y ponerse el sol. También hay cerca de allí quintas, como la encantadora de que aquí ponemos una vista.

Se llama el Laberinto. Tiene una casa espaciosa y un jardín exuberante. Detrás de este jardín una acequia derrama sus aguas en tres pilas de ladrillo cubiertas de fino cemento, que sirven de baños: una para caballeros, de nueve pies de profundidad; otra para señoras, que tiene siete, y la tercera para niños, de tres. Tapias de una altura moral las circundan y todas tienen cobertizos en que los bañistas se quitan y ponen las ropas. El sendero que conduce a los baños es fresco y perfumado, con setos de rosales y limoneros dulces. Más atrás está el molino para descortezar el café y el *patio* (4) para secarlo y limpiarlo. El de la finca está atestado de aperos agrícolas de la mejor clase, y hermosos caballos ocupan una fila de cuerdas abiertas. La casa, el jardín, los baños, los caballos, todo pertenece a la señora Fernández (5), cuya riqueza no es más que un homenaje tributado a su bondad, a su gracia y a su belleza.

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) Se refiere a doña Guadalupe Salazar, esposa de don Santiago Fernández. N. del T.

Entre el Laberinto y el Campo de Marte está el cementerio protestante. Ocupa cerca de la cuarta parte de un acre, tiene muros enlucidos y una puerta con barras de hierro. En una placa de metal en forma de rombo y atornillada al postigo se lee la siguiente inscripción:

Este cementerio

*fué concedido por el Gobierno en febrero de 1850
A solicitud del señor don Federico Chatfield,
Encargado de Negocios de Su Majestad Británica.*

Yo sé que vive mi Redentor y que el último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré a mi Dios, a quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro. Job. XIX. 25, 26, 27.

Un poco más cerca del Campo de Marte está el antiguo cementerio católico. Allí ha habido huecos desde hace más de doscientos años. Las inscripciones más antiguas de las tumbas y lápidas se han borrado. Las mismas sepulturas han desaparecido. Al mirar por entre las barras de la puerta de entrada, barras toscas carcomidas por el orin, lo único que se descubre es una masa verde de vegetación. Si se escucha un rato, conteniendo el resuello, se oye con seguridad el susurro de la lagartija o de algún otro reptil en las honduras de ese mar muerto. Hace cuatro años, cuando el cólera azotó el país, las víctimas que hizo la plaga en las vecindades se contaron por miles y fueron enterradas allí. Desde entonces se clausuró el cementerio. Es terreno vedado. De modo que la vegetación se va espesando y las tumbas sin nombres se borran. Un nuevo cementerio católico ha sido abierto en otra parte.

El *Campo de Marte* es para San José lo que el *Bois de Boulogne* para París. Allí se ven los jinetes elegantes de la capital, es el punto de reunión de los carruajes y una o dos veces en el año el que sirve para establecer campamentos militares

y pasar revistas. En estas ocasiones las tropas aparecen uniformadas. Durante el resto del año una camisa limpia los domingos y días de fiesta de guardar, es, a lo que parece, la única regla obligatoria en cuanto se refiere a la costumbre. Sin embargo, los oficiales están muy bien uniformados. Con sus levitas azules adornadas de rojo, sus chacós y morriones colorados, presentan un aspecto que no es inferior al de los tenientes franceses de la infantería de línea; y los domingos, en la misa de tropa, la pequeña guarnición de San José, colocada en la nave mayor de la catedral, presenta un espectáculo notable. La luz que despiden el altar, las lámparas, los candelabros, las ventanas de las naves laterales y los altos pilares que sostienen el techo, tiembla en la doble fila de bayonetas; la banda situada en el presbiterio acompaña la solemne ceremonia tocando himnos de corte marcial; los oficiales se colocan a la par de los soldados, realizando las charreteras y fajas carmesíes de éstos, las camisas de aquéllos; y en el momento de alzar la Hostia, el edificio sagrado vibra con el estrépito de las cornetas y el choque metálico de las armas que saludan.

También toca la banda todos los domingos por la noche frente a la casa particular del presidente. Esta casa, situada en la *Calle del Presidente* (1), a corta distancia de la plaza, es un modelo de modestia republicana. La estrecha calle obscurecida por los grupos de los oyentes; débiles rayos de las linternas de los atriles infiltrándose en las tinieblas; grupos de *señoritas* (2) que cuchicheaban en las puertas y de cuyos labios se escapaba como en sueños el humo tenue de sus *cigarritos* (3); un centinela flaco recostado al marco de la puerta de la casa del presidente, el No. 12, frotándose el uno contra el otro los pies descalzos; el zaguán encalado que estaba detrás de él, con una candelera amarilla metida en un farol de vidrio que colgaba del

(1) En castellano en el texto. Hoy avepida 2a. oeste. N. del T.
(2) En castellano en el texto.
(3) *Ibid.*

cielo raso; un oficial con pantalones blancos y gorra galoneada de oro, cuyos tacones armados de espuelas subían las gradas de la puerta y que luego volvió a salir a la calle convencido de que no había novedad: tales fueron los incidentes que noté el primer domingo en la noche que estuve azotando la *Calle del Presidente* (1) del brazo de D. Ramón y oyendo la banda.



Concierto frente a la casa del Presidente

El teatro está igualmente abierto los domingos por la noche. Decorado con una fachada griega, este bonito edificio ocupa un área de sesenta o setenta pies en cuadro (2). La puerta de entrada da a un vestíbulo alumbrado por una gran linterna china debajo de la cual, en las noches de función, hay una media docena de soldados descalzos sentados en un banco. Tiene dos filas de palcos; debajo de la más baja hay tres hileras de bancos separados

(1) En castellano en el texto.
(2) El teatro de Mora, después llamado teatro Municipal. Estaba situado en la esquina noroeste de la calle 6a. S. y de la avenida 2a. oeste. N. del T.

de la platea por barras de hierro horizontales, que tienen el aspecto de una jaula semisubterránea destinada a curiosidades salvajes. No pude dar con el objeto de esta disposición. Se debe probablemente al temor de que la gente más pobre se enfurezca al ponerse en contacto con la civilización de la platea. La noche que fuimos al teatro, estaba éste de bote en bote. En los palcos, llenos de susurros de seda, había perlas en profusión e hileras de dientes que rivalizaban con ellas en blancura; exuberantes cabelleras negras, filas de brazos rollizos ceñidos de cadenas y cintillos de oro, exquisitas flores y los más vaporosos tules flotando sobre las cabezas más delicadas. Era noche de gala y representaban *El poeta y la beneficiada*. El presidente Mora ocupaba un palco decorado con banderas nacionales, frente por frente del escenario. A la derecha y la izquierda de Su Excelencia estaban sentados el ministro de relaciones exteriores, el general Joaquín Mora, el señor Escalante, vicepresidente de la república, y M. Félix Belly, campeón en el papel de la raza latina en general. Los actores, procedentes de Cádiz y otros lugares de España, interpretaron con graciosa vivacidad el humorismo de D. Manuel Bretón de los Herreros; pero la orquesta era algo espantoso. Ocho violines, un tambor y dos trompetas sentados en fila nos torturaron sin piedad cada vez que bajaron el telón. Las decoraciones eran igualmente desagradables; no había dos bastidores iguales y la mitad de la comedia se representó en una sala en la cual se entrometían la luz del cielo y la escalera de una guardilla. Sin embargo, el telón de boca, que representa a Minerva instruyendo a las Musas, está pintado con bastante buen gusto y soltura y su colorido es brillante. En los entreactos las gentes de los palcos se paseaban en el *gallinero* (1) o pasillo del teatro fumando *puros* (2) y *cigarritos* (3). En este refrigerio tomaban parte las

(1) En castellano en el texto. Meagher confunde aquí el gallinero o cazuela con los pasillos. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) *Ibid.*

señoras al igual de los caballeros. También circulaban vasos de limonada, y los *cigarritos* cedieron el campo a los pastelillos de almendras, los helados y otras golosinas. El presidente, mezclándose sin afectación a la concurrencia, se mostraba locuaz y radiante. M. Félix Belly, exquisitamente calzado y enguantado, sudaba a mares a fuerza de hacer cortesías.

Habiendo hecho ya la presentación del presidente de la república, magistrado competente, hombre de inteligencia clara y robusta, enérgico e ilustrado, bajo cuya administración Costa Rica ha tenido la suerte de gozar de un progreso social y material que antes no conocía, adquiriendo una sólida reputación nacional que las repúblicas sus hermanas debieran esforzarse en alcanzar y merecer, no estará por demás decir aquí algunas palabras para explicar el sistema político del país (1).

La constitución conforme a la cual fué reorganizado el país en 1848 declara que la República de Costa Rica es un Estado soberano, libre e independiente, y establece un gobierno representativo, electivo y responsable. Consagra la inviolabilidad de la propiedad, la libertad de la prensa, la seguridad personal, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; inviste del poder supremo a tres cuerpos distintos, el legislativo, el ejecutivo y el judicial; prohíbe la esclavitud, las clases privilegiadas, los mayorazgos, la violación de la correspondencia y restringe rigurosamente la pena de muerte. El poder legislativo reside en una cámara compuesta de doce miembros, presidida por el vicepresidente de la república. Para ejercer el derecho de sufragio, el ciudadano tiene que ser mayor de veinticinco años, padre o cabeza de familia y poseer bienes raíces por valor de \$ 1,000. Ni el presidente, ni el vicepresidente, ni miembro alguno de su gabinete pueden votar. Las funciones que éstos desempeñan,

(1) Después de que estas páginas fueron entregadas al impresor, una revolución inesperada ha conducido al presidente Mora al destierro; pero el autor no ve ninguna razón para modificar las opiniones arriba expresadas. N. del A.



lo mismo que las de magistrado de la corte suprema de justicia, son incompatibles con las de representante en el congreso. Para ser diputado al congreso se requiere ser mayor de veinticinco años, poseer bienes raíces por valor de \$ 3,000 o tener una profesión liberal. El congreso nombra los magistrados, prorroga sus sesiones y designa para el tiempo de su receso una comisión permanente compuesta del vicepresidente de la república y de cuatro de sus miembros. La emisión de una ley requiere la aprobación de la mayoría del congreso, después de un debate de tres días, y la sanción del poder ejecutivo. El presidente y el vicepresidente son electos por un periodo de seis años por las asambleas electorales de los cantones o provincias. Para el ejercicio de ambas funciones se necesita ser mayor de treinta años, tener bienes por valor de \$ 10,000 y ser casado o viudo. La constitución prescribe la hospitalidad y se pierde la ciudadanía por ingratitud para con el padre y la madre, el abandono de la esposa o de los hijos y el descuido de las obligaciones para con la familia y el hogar. El poder judicial lo ejercen una corte suprema y otros tribunales establecidos por la ley. La primera se compone de un regente, cinco magistrados y un fiscal. Estos funcionarios, con excepción del último que se nombra por seis años, permanecen en sus puestos mientras se porten bien; pero ni el uno ni los otros pueden ser suspendidos sino por motivo de acusación, ni depuestos como no sea por sentencia judicial en regla. La república está dividida en cinco provincias, éstas en cantones y éstos en distritos. Las provincias tienen sus gobernadores y comandantes militares; los cantones y distritos sus jefes políticos y alcaldes. En cuanto al sistema de educación, hay una escuela pública en cada pueblo. San José tiene una escuela normal, un liceo y una universidad. De modo que la enseñanza primaria y segunda están garantizadas por el gobierno, así como por empresas particulares; y si Costa Rica no presenta todavía un estado más floreciente de educación pública, tiene establecida en todo caso—como

lo observa Astaburuaga—la base de un sistema que mejorará y se extenderá a medida del progreso material del país.

Considerada desde el punto de vista arquitectónico, la Universidad de Santo Tomás debe citarse como el mejor edificio de San José; pero lo supera en tamaño el hospital. Esta institución es en verdad muy poco necesaria en el valle arcadio de San José; pero una sociedad caritativa, la *Junta de Caridad* (1), pensó que era bueno tener algo para evitar que alguna epidemia repentina encuentre a la gente desprevenida, o que los pobres carezcan de un hogar y de buenos tratamientos cuando la enfermedad los prive del pan nuestro de cada día. De aquí nació el hospital de San Juan de Dios. El gasto de su erección se hizo con fondos que tenía la *Junta* (2) y el impuesto de una friolera sobre las sucesiones. Se mantiene con los mismos medios; los gastos eventuales son pocos; el médico superintendente, Dr. John Hogan (3), que antes vivió en Filadelfia, sirve gratuitamente.

La situación del hospital es malsana. Está en un hueco, a un lado del camino que conduce al Campo de Marte. Hace cinco años el terreno en que está fabricado era un pantano. El doctor Hogan cazó allí muchas veces agachadizas con escopeta. El edificio consiste en un cuerpo central y dos alas y su longitud total es de ciento cincuenta pies, cada una de las alas tiene cien pies cuadrados; en la de la izquierda están los enfermos y dementes de ambos sexos; la de la derecha sirve provisionalmente de cárcel. Los inquilinos de esta parte del hospital no llegan a un puñado, y, hablando en general, sus pecados son veniales. El centinela que los guarda, bostezando y rayando el piso de ladrillos con la bayoneta, pensaba al parecer que bien podrían darles la absolución.

Tuve la suerte de que el Dr. Hogan me acom-

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) Debiera decir James Hogan. N. del T.



pañase en mi visita al hospital. En el departamento de hombres había ocho casos en tratamiento. Los pacientes eran soldados costarricenses que habían peleado a las órdenes del general Cañas en San Jorge, en el lago de Nicaragua. Enfrente de ellos yacían tres soldados de Walker, que padecían de úlceras agudas a consecuencia de la mala vida que habían llevado a la intemperie y por falta de cuidados. Uno de ellos me dijo que era de Nueva York. Estaba horriblemente demacrado y hablaba con mucho trabajo. El segundo, un sujeto despierto, lleno de brío y buen humor, me refirió que era de Louisville. El tercero venía de Quebec, un muchacho apacible, de ojos vivos y piel blanca; cuando me contó la historia de sus aventuras, las lágrimas me brotaron del fondo del corazón.

Sus padres eran irlandeses de nacimiento; él había venido al mundo en el Canadá; su padre murió estando él todavía en la lactancia. Su madre, cuando ya tuvo fuerzas para ello y pudo economizar un poco de dinero, se trasladó a Chicago. Allí estableció una lavandería y le estaba yendo muy bien, cuando de pronto le dió a él la ventolera de unirse a los filibusteros, por haber oído decir que todo lo iban arrollando. De un modo o de otro se las compuso para llegar a Nueva York; allí se incorporó a los filibusteros en calidad de emigrante, creyendo que eso era todo lo que tenía que hacer para darse la mejor vida y obtener muchas tierras de las más ricas. Desde el día que llegó a Nicaragua sintió el deseo de volver a su casa al lado de su pobre madre enferma y solitaria; pero ya era tarde. No le quedaba otro recurso que sacar el mejor partido de su infernal travesura, que apachucarse con ella haciendo de tripas corazón, que pelear tan valerosamente como pudiese. Hasta el mes de junio no iba a cumplir los diez y ocho años y sin embargo había estado en todas las batallas que libraron los filibusteros, desde el incendio de Granada hasta el último asalto de los Aliados a Rivas. Después de que el general Walker se rindió al capitán Davis del *St. Mary*, lo llevaron enfermo a Puntarenas,

en el Pacífico, a donde lo trajeron como prisionero de guerra con otros camaradas. Allí fué atacado de fiebre y el general Cañas ordenó que lo llevaran al hospital de San José. De esto hacía ya un año y en todo ese tiempo no se había levantado de la cama. Estaba dispuesto a dar la vida por saber de



La calle y la casa del Presidente

su pobre madre; no había tenido noticias de ella desde que se incorporó a los filibusteros. Ella no sabía si estaba vivo o muerto; él no le había escrito desde que se ausentó. Esto era una crueldad de su parte; así lo confesó, y, al hacerlo, se cubrió la cara con las manos estallando en sollozos. Hice lo que pude por consolarlo, diciéndole que yo daría pasos para hacer saber a su madre dónde se hallaba, que ya él iba mejorando y pronto podría estar con ella. Esto pareció calmarlo, y, alargándome la

mano, delgada y blanca, me dió las gracias con palabras fervientes. Por el siguiente correo envié a los Estados Unidos un aviso, que se publicó en uno de los diarios de Nueva York, con el relato de las circunstancias que dejó apuntadas; pero no tuvo resultado. Ninguna madre se presentó reclamando al muchacho enfermo del hospital de San José.

En el departamento de orates del hospital había dos mujeres y dos hombres. Las dos mujeres estaban locas por motivos de religión. Una de ellas había cubierto las paredes del cuarto en que estaban encerradas con los más extraños jeroglíficos, calaveras, huesos en cruz, esqueletos, diablos cornudos e instrumentos de tortura. Aquellas extrañas fantasías estaban dibujadas con carbón y al entrar vimos a la azorada artista absorta en la contemplación de su obra. La otra mujer, arrodajada sobre una mesa, ofrecía el cuadro de la más espantosa desolación. Relataba la misma historia a todos los que querían oírla. Era la de un precioso niño inocente, a quien una noche, al pasar por una calle obscura, dos mujeres perdidas regalaron una mazorca de maíz. El niño la tomó, llevándosela a su casa; desde entonces, decía la demente, estaba bajo el maleficio de aquellas mujeres malas y esto era lo que a ella la afligía. Al referirnos esta historia—la repite todos los días y a todas horas—brotaron lágrimas de sus ojos enrojecidos, dejó caer las manos entrelazadas sobre las rodillas, con el peso de la muerte, y la cabeza sobre el pecho; al moverla de un lado a otro, a impulsos del dolor vehemente, sus largos y negros cabellos se deslizaron por las espaldas hasta los desnudos pies.

Dejándola allí, el guardián nos abrió la puerta de otro cuarto que era un desastre. No tenía cielo raso; las vigas del techo, cubiertas de telarañas, estaban desnudas; los ladrillos del piso, arrancados y muchos de ellos rotos; la tierra que tenían debajo, escarbada; el enlucido de las paredes, cayéndose a pedazos; las hojas de las ventanas, deshechas, y en el suelo escarbado, grandes trozos de vidrio esparcidos. Todo lo que allí había estaba estropeado, to-

do tenía el sello del desorden completo y de la ruina irreparable. Acurrucado en un rincón, desnudo de la cintura arriba, con los andrajos sucios que había conservado flotando en torno de sus miembros consumidos, mirándonos con la timidez de un conejo inquieto, mirándonos a hurtadillas detrás de un montón de tierra y ladrillos rotos, estaba un mozo de mejillas sumidas que temblaba de pies a cabeza y hablaba violentamente con un espumarajo en la boca. Este infortunado apenas tenía algo más de diez y ocho años y formó parte de la guarnición del Castillo. Al acercarse el coronel Frank Anderson, en diciembre de 1857, fué atacado de espasmos y desde entonces está loco de atar. Los gritos de los filibusteros resuenan constantemente en sus oídos. Armados hasta los dientes, deslizándose como panteras por el *charral* (1), se le van acercando siempre. El grita, se retuerce, echa espuma, se mece los cabellos enmarañados, araña las paredes y el suelo, escarba la tierra como la hiena que busca un cadáver, y así va acabando con su vida.

El cuarto paciente resultaba un caso bastante divertido, y después de presenciar las agonías del infeliz atacado de terror, era un alivio seguir por un momento las mansas divagaciones del que no tenía más molestia que la de creerse perseguido por una bandada de zopilotes, ni más deseo que el de poseer un sombrero. Los zopilotes lo tenían siempre atareado. No cesaba de gritarles, de tirarles terrones; se lanzaba contra ellos, dispersándolos con furia, y después de ponerlos en fuga los perseguía por todos los rincones del cuarto. Para estar contentísimo sólo necesitaba un sombrero; pero no era posible satisfacerlo a este respecto, porque hacía pedazos todos los que caían en sus manos.

Después de haber visto cuanto había que ver en San José, de vagabundear lo bastante por las cervecerías y billares—de los cuales hay media docena en la pequeña ciudad, a tiro de fusil el uno del otro—y de visitar la casa de moneda, donde

1) Jaral. N. del T.